



Educación: censura del espíritu

El inicio de las culturas, lo que marca la distancia entre el instinto y el lenguaje, es el descubrimiento de la muerte. Saber que morimos enfrentándonos al designio de la finitud, necesidad por estar y ser, es el núcleo vital que propicia lo que somos y la formación de las civilizaciones. Es así como el conocimiento nace pegado al cuerpo, a la sensación que descubre su condición de tránsito y procura evitarlo, pues somos tiempo que sabe que perece.

El conocimiento tenía una función práctica ligada a la vida, permitiendo no solo el desarrollo de las culturas, sino la individualidad y con ella lo plural, pues al sabernos perecederos, nos descubrimos y al hacerlo descubrimos al otro, al "nosotros" que emana de esa condición de saberse desaparecer.

Las primeras formas que encontramos para transmitir conocimientos, formas que denominamos ahora educación, estaban ligadas a la memoria: eran el rito, la fiesta, la



Alvaro Matute
Guillé*

poesía o el teatro, que recreaban la información acumulada en los recuerdos, no como una cadena de datos inútiles, cosa que sucede en la educación de hoy, sino como vivencias, reencuentro que nos hacía recordar que el misterio, esa opacidad que nos envuelve, era parte de nosotros.

Estas condiciones –alejar el olvido, saber que no sabemos confrontando la muerte– se convirtieron en el fundamento que dio origen, en la Grecia antigua, a la democracia, impregnando con ello el sentir de las vivencias, de lo cotidiano en sus instituciones. Asumir la incertidumbre, descubrirnos solos y autónomos, obligaba a construir la convivencia, a construirse a sí mismo, a redescubrirse.

La educación nacía también, tanto de la vivencia de lo plural, como de la autonomía del individuo, convirtiéndola en parte integral de la cultura.

Servidumbre y dogma. Contraria a esta tradición, la educación que prevalece en nuestros días se caracteriza por ser un cúmulo de informaciones inútiles, que no obedecen a la búsqueda que trata de resolver la

incertidumbre o descubrir el por qué de las cosas, sino la servidumbre y el dogma. Sometida a la autoridad del maestro o el funcionario educativo, en la educación se elimina el núcleo vital que da sustento a la convivencia: la individualidad, negando con ello el fundamento existencial que da origen a la democracia: el no saber, el enfrentarse al límite, el individuo que al buscarse a sí mismo se reconoce en el otro, reconoce su autonomía. Educación que niega el cuerpo, el sentir, nos niega a nosotros mismos, sometiéndonos a la producción que consume lo inútil. Deterioro de la cultura, de la persona transformada en cosa.

Si quisiéramos encontrar las causas que provocan muchos de nuestros males (el por qué los jóvenes prefieren ser asesinos a sueldo o prostitutas, por qué la frivolidad o el cinismo de lo hueco) deberíamos revisar no solo los valores que prevalecen, sino también la educación, pues es ahí en donde se construye, en gran parte, ese olvido de nosotros mismos que da forma al mundo.